

II.

LAS APSARAS.

Nosotras somos las mensajeras de los dioses. Hemos nacido de la primera palpitation de las ondas al rodar sobre la tierra, de la primer neblina que se levantó de las aguas coronadas con los reflejos del hermoso iris. En la frente llevamos diademas de algas y de perlas; en los hombros blancas alas tan resistentes como las alas de las gaviotas; la túnica que vestimos es de esa niebla que corona, al nacer la mañana, las cimas de las montañas; un cinturón de verde musgo pende ondulante de nuestro cuerpo; círculos de cristal de roca adornan nuestros brazos; arpas cortadas de los sándalos, despiden, pendientes de nuestras manos, armonías tan dulces como los rumores de los bosques cuando cae la tarde; y si volamos, al hollar con las orlas de los mantos de gasa la azul

superficie de los lagos, los cubrimos de espumas que imitan en sus ligeras blancas formas nuestra propia imágen, como si recordaran el día feliz en que nos despertamos entre su verde lino á la vida. Somos invisibles á los ojos de los mortales, como ilusiones que pasan, como sombras que huyen, como esas pequeñas nubes que unas gotas de rocío forman y un rayo de la luna disipa; porque somos las aladas mariposas que vienen á recoger el aroma de la tierra, flor que flota en los espacios del inmenso Universo, y á libar la dulce miel de su vida. Nosotras nos encerramos en la corteza del árbol cuando el áura de la primavera con sus besos la llena de verdes hojas; nos confundimos con los aromas de las flores que se exhalan de los abiertos cálices cuando es la hora de su amor; nos envolvemos en la suave brisa que el mar suspira, y besamos sus ondas palpitantes; nos sumergimos en el arroyo y nos deslizamos en su tranquilo curso; nos envolvemos en las hojas de los bosques, y penetramos en la conciencia de los brahmanes y les referimos cuanto sucede en la morada de los dioses, donde están escritas en signos de diamantes las buenas acciones de los sacerdotes, que el gran Sér produjo con una palabra celeste escapada de sus lábios. Por eso nos

difundimos por la tierra como la luz del sol. Por eso los rayos de la luna, al penetrar en las azules grutas del Océano, se cuajan en perlas que suspendemos de nuestra rizada cabellera y que brillan como las gotas de rocío en los pistilos del lotho. Pero allí viene, coronada de resplandores celestes, nuestra amada Urvasia, la más bella de las Apsaras. Es erguida y flexible como una palma, es delicada como una rosa, es bella como el iris que brilla despues de la tempestad sobre las oscuras cimas del Himalaya, es para nosotras sagrada como la flor destinada al sacrificio de Indra. Su continente es tan majestuoso que nos revela una hija de los dioses, su pié tan breve que pisa las flores sin troncharlas nunca, su aliento tan aromático que atrae todas las mariposas del campo, su cabello tan negro como la sombra de la noche, su rostro tan blanco y tan pálido como la azucena, sus lábios tan encarnados como el capullo del clavel entreabierto, sus dientes como los granos de la granada aún no madura, su cuello como el del cisne que se levanta á escuchar los rumores del cielo, sus ojos tan negros y tan profundos como un abismo; y toda su mágica figura como una de esas imágenes fugaces que los rayos de la luna fingen allá en las blancas nubes

dispersas por las tímidas áuras, que son el suspiro embalsamado de los bosques, donde habitan en su eterna alegría los dioses. Miradla; se sienta al borde de una fuente, bajo un árbol cargado de flores, sobre lecho de musgo, y deja errar la tranquila mirada por el cielo, los pequeños dedos por el arpa que vibra; y recuesta la cabeza en su brazo de marfil, y pega sus lábios á una rosa como para beber su aroma, y muestra la vida que hay en su seno, levantando con la palpitation continua de su pecho la túnica de lino que oculta como una blanca nube sus puras y seductoras formas. Medita, sí, medita profundamente. Al pasar por los bosques se habrá levantado alguna divinidad de las que hay ocultas en las sombras de los árboles, á decirle que la ama, porque hasta de los pliegues de su vestido exhala el aroma purísimo del amor.

URVASIA.

Siento una pena que me ahoga. No sé lo que pasa por mí. La sangre palpita con fuerza en mi corazón y en mis sienes. ¡Ah! ¿Qué será de mí? Aquí, al borde de la fuente, viendo el azul lotho que abre sus hojas á los besos dulcísimos del sol, distraigo un poco la preocupacion de mi pensa-

miento. Bajo la rama de aquel árbol que la nube errante ha empapado con sus lágrimas, oigo cantar al ave sagrada de los bosques, y su cántico dilatado por las áuras es el gemido que su triste soledad le inspira, y que envía congojoso á su ausente amor, llamándolo para formar un nido en el cáliz más abierto de la más hermosa de las flores. Allá á lo lejos pasa un elefante saltando, que al romper las ramas entrelazadas de las selvas ha coronado su trompa de flores cargadas de rocío, y vá ligero como una flecha y engalanado como una desposada, en pós de su compañera que le llama desde el fondo oscuro de su caverna. En el pico de aquella montaña, de la cual caen azulados torrentes, la cigüeña ha hecho su nido, y al compartir con sus hijuelos el insecto que ha cazado en el aire lanza un grito de amor. Sobre la copa de los más altos cedros y el cogollo de las más esbeltas palmeras se desliza una blanca nube henchida de amorosas lágrimas y coronada con los resplandores del iris, que parecen enredaderas entrelazadas á su virginal frente y caidas del árbol de los cielos. Aquí, á mi oído zumban las doradas abejas, pidiéndole al cáliz de la flor del bananero recamado de púrpura su dulce miel, que le pagan con una amorosa armonía, con un melancólico can-

tar. ¡Oh! Todos los séres se bañan en el rocío divino del amor. Las ninfas que pasan van dejando en la yerba huellas de goma laca, y los génios de las selvas besan esas huellas y aspiran con voluptuosidad sus aromas. Dime, pavo real que pasas como una nube herida por el sol poniente; decidme, pájaros de mil colores que unís al matiz del azafran el verde claro de la esmeralda; decidme, abejorros de mil reflejos que llevais una túnica de azulada gasa, y vosotras, mariposas, que pareceis pequeños pedazos del arco iris caidos sobre la tierra, ¿yo nunca he de amar?

LAS APSARAS.

Hemos volado hasta tí, asustadas al oír gemidos profundísimos en una caverna. Esos gemidos nos han dispersado como el silbido de la flecha dispersa á las palomas, como las ráfagas del huracan dispersan á las golondrinas. Pero al fin te hemos encontrado, y nos venimos á tí como las abejas á la planta que les dá miel. La voz que ha resonado en la caverna ha puesto espanto en nuestro pecho, porque nos ha parecido la voz de Yama, del dios de los infiernos, enamorado de tí.

URVASIA.

He visto pasar á Indra coronado por la aurora, con la humedad del rocío en los labios, ceñido de su blanca túnica, sentado en un carro de nubes, conducido por alados caballos que al hendir con sus piés el éther levantaban estrellas á las alturas, y al sacudir las crines despedían rayos de luz á la tierra; le he visto vertiendo de su copa de ámbar torrentes de cristalinas aguas sobre los abrazados campos, seguido de los cielos que parecían en su rápida carrera cintas azules atadas á su túnica, acompañado por los génius del aire que esparcían esencias en su camino y enseñaban con sus cánticos, al pasar, á todas las cosas la dulce plegaria de la mañana; brillando, en fin, sobre el Universo como el sol que se levanta en el Oriente. He querido hablarle, y no me ha dado tiempo, pues pasaba con la rapidez del relámpago. No he podido decirle que dentro de mi pecho habia para él un altar, y en ese altar siempre ardiendo el fuego de mi amor. Despues ha pasado junto á mí el dios de los mares, danzando en mágico círculo con sus hijas las nubes. Los vientos son su cabellera que se agita, las ondas henchidas por el huracan sus plantas que se mueven, las algas y el

ámbar y el coral y las conchas los brazaletes que le adornan, el lotho celeste sembrado de verdes peces la túnica que le viste, el firmamento el dosel que le cubre, las nieblas del otoño el manto que flota en sus hombros, y el ruido del mar al estrellarse rabioso en los altos peñascos de la ribera su potente voz que llena con sus acentos y sus ecos toda la tierra. Le he dicho que le amaba, y ha pasado sin mirarme, como pasa el huracan sobre la superficie del mar, y ha levantado con su voz de trueno las ondas de las pasiones en mi pecho.

LAS APSARAS.

Calla, Urvasia, calla. Los dioses suelen castigar ese amor tan intenso y tan rugiente como una tempestad. Y no seria mucho que tu lamento hendiera la tierra y penetrase hasta el infierno. Y entonces no habria para tí salvacion. El dios de la pezuña hendida, de los cabellos de vibora, de la negra horquilla en la mano, del manto de tinieblas, de la voz de volcan, te cogeria, llevándote á sus dominios á darte el agua del olvido para ese inmenso amor.

URVASIA.

¿Y bien? ¡Que venga! Al ménos ¡infeliz! si me veo herida, no me veré despreciada. No veré, sentada al borde del camino, pasar los dioses sin convertir á mí los ojos. Y en el infierno me gozaré en atormentar al dios Yama como los dioses me atormentan á mí, y ciertamente en un inmortal vengaré los desdenes de los inmortales. Venga Yama en buen hora, venga, venga.

LAS APSARAS.

¿Qué has dicho? ¡Tremenda evocacion! La llama del volcan que centellea sobre la cima de los montes como una antorcha, como una hoguera funeraria, despedirá pronto, cual un relámpago de tinieblas, al dios de los abismos. Y vendrá, y te envolverá en sus redes, y te abrasará como el calor del desierto abrasa las pobres flores. ¡Ay! ¡Qué hedor! Huyamos, huyamos. Despleguemos nuestras alas de mariposas, y perdámonos en las ondulaciones del aire. (*Huyen en tropel.*)

URVASIA.

Me han dejado sola. Quisiera andar, pero no puedo. Un olor venenoso me trastorna el sentido.

Una corriente de negra lava pega mis piés á la tierra. Mis alas azules sembradas de átomos de azucenas se caen sobre mis espaldas. Dios del cielo, dios del día, no me dejes arrebatat por el dios del infierno, por el dios de la noche. Oye mi súplica. Allí me traspasarán las entrañas con la horquilla enrojecida del dios, me atarán los piés con cadenas forjadas en el yunque de los volcanes. Mi rostro se tornará pálido y verdoso al reflejarse en el espejo de azabache del dios. Me arrancarán mis vestidos celestes para ceñirme una túnica de tinieblas. Cozerán mi corazon en sus hirvientes calderas, y en vez de sangre lo llenaran de veneno, obligándome á pisar á todas horas los huesos de los condenados, esparcidos por aquellos desiertos de lava. Si en un instante mi ardorosa é hirviente sangre evocó el génio de las tinieblas, hablaron mis lábios, y no mi voluntad. Protégeme, dios de la luz, protégeme. Tengo mucho miedo á la celosísima Calí, á la esposa de Shiva destructor, que debe andar por el infierno espantando á todos los infelices con sus terribles formas, llevando por sarcillos dos cadáveres, por collar una sarta de cráneos, por cinturón manos de antiguos gigantes colgadas de las tripas que el dios guerero les arrancó despues de un sangriento com-

bate, diosa que me cogerá entre sus garras y chupará hasta la última gota de mi sangre. Protégeme, dios de la luz, protégeme.

YAMA (*saliendo de una caverna*).

Así como el elefante destila de sus sienes un jugo delicioso cuando está en amor, jugo del que beben los enjambres de las abejas para elaborar su miel, yo, el dios de los infiernos, soy hermoso cuando amo, y doy mi hermosura á las ninfas que me regalan un beso, pues las llevo á un lago donde hay cisnes negros para que las acompañen, las aguas del olvido para que no recuerden el mundo, y en cuya superficie brotan en vez de ramas, de plantas acuáticas, los brazos de un amante. No huyas, Urvasia. El que hizo tus ojos de azabache, tu rostro de un hermoso nelumbo, tus dientes de jazmines, tus labios del botón de la rosa, tu cintura de la flexible palma, no pudo hacer tu corazón de las piedras. ¿Para qué quieres la vida sin amor? ¿Para qué quieren las abejas flores sin miel? Mira, viene la noche, el cielo va perdiendo su color como una ninfa después de una orgia pierde el sonrosado matiz de sus mejillas; vente conmigo, y pasarás el frío de la noche entre el fuego de los verdaderos amores. Tú

amas, y no creas que habrá en la resina del sándalo virtud bastante para curar tus amores. El amor no se cura sino con el amor. Ven, pues, ven conmigo al infierno, allí donde arden todas las pasiones, todos los sentimientos y todos los amores juntos; ven, Urvasia, á ese nido en que encontrarás la flecha del placer pegada á tu corazón y derramando por tus venas toda su vida.

URVASIA.

Aparta, deforme dios. Si tus cejas son arcos, si tus miradas son flechas, mi corazón huye de tí como del cazador la gacela. Un beso de tus labios descoloraría para siempre mis labios. Un abrazo tuyo troncharía mi cuerpo, como el abrazo del rayo troncha las ramas de la palmera. En el infierno se acabaría mi vida, como se acaba la vida de la violeta cuando viene el seco estío. Huye de mí, deforme dios. Corro, y corro como la cierva herida. Las ramas de los árboles me cierran el paso, las serpientes tendidas en el camino me asustan, las ondulaciones de la yerba borran mi senda, las zarzas pendientes de los altos troncos me desgarran con sus espinas el rostro, la yedra y las enredaderas se entrelazan á mis piés y me der-

riban en tierra. ¡Ay! ¡ay! ¡Cómo voy á pagar mi primer amor!

YAMA.

Ven , ven conmigo á la caverna. (*Éntrase en la caverna con Urvasia en brazos*).

LAS APSARAS.

¡Ah! Nos han robado á la hija de los bosques, á la mariposa de los valles , á la estrella de los cielos. Su corazon palpitaba como la catarata que baja de la montaña , sus ojos brillaban como el cielo cuando lo enrojece el sol naciente, sus lábios llovian miel como las azules campanillas prendidas de las enredaderas en la estacion de los amores. ¿Y nadie podrá volvernos á nuestra compañera, á nuestra amiga? Volamos por estos anchos campos como las abejas por un prado sin flores, y queremos á la que es nuestra alegría, pues nos hallamos como la tierra sin sol. ¿No hay ningun brahama que nos oiga? ¿No hay ningun solitario que conjure al dios de las tinieblas? ¿No hay ningun soldado que tenga un arco y una flecha? Allí viene el hijo de la blanca luna. Vá en su carro por los aires, y levanta nieblas como el viajero levanta polvo en el camino. Las cuatro ruedas que

lo sostienen son como cuatro estrellas. Sus caballos son azules como el viento. Su manto que flota al impetu de la carrera es como una nube tempestuosa orlada de una cinta de fuego. Ven , hijo de la luna, vuélvenos á nuestra Urvasia. Tu arco es como el horizonte , y tus flechas como los rayos del sol.

EL REY (*aparece en un dorado carro*).

Yo soy el rey de las mejores comarcas de la India; yo soy la hechura más perfecta de Brahma, despues de sus grandes sacerdotes. Mi cuerpo está formado de partículas de oro de Indra y de encendidos carbones de Yama; de átomos desprendidos de las coronas de todos los dioses y amasados con la primer agua sobre que flotó la cuna del Creador. Yo quemó como el sol, brillo como las estrellas, arrebató tras mí las cosas como el viento, refrigeró al mundo como la lluvia, vuelo como la nube, ando como el elefante , castigo como el rayo , hablo como el trueno , tengo un arco más potente que la tempestad, una alfombra para poner mis piés más ancha que el Océano; y si algun mortal me contemplara frente á frente, quedaria ciego, por no poder sufrir la humana vista el resplandor de mi majestad y mi grandeza , pues yo

en esta forma quebradiza y frágil encierro el espíritu de un Dios, alma suprema á que no podrá llegar nunca la débil alma de mis miseros vasallos, nacidos para obedecerme y temblar en mi presencia, como el agua del mar y la hoja del bosque cuando se desata el potentísimo huracan. Levantado sobre el mundo, teñida mi púrpura en la sangre de mis enemigos, sellada la frente con el sello de la eleccion divina, amaestrado en la ciencia de Brahama, ceñido mi cuello con el cordón sacratísimo que prescriben los Vedas, yo soy la vida, pues sin mí la grulla se llevaría del altar la ofrenda de arroz, el perro la ofrenda de manteca, el pária entraria en el templo á profanarlo, el sudra se levantaria contra el agricultor, y el agricultor contra el guerrero, y el guerrero contra el sacerdote, y el concierto del mundo se acabaria; porque yo tengo en mi frente el pensamiento de Dios, á mis piés el génio de la venganza, en mi mano el látigo del castigo, en mi naturaleza las fuerzas necesarias para dominar el Universo, y con fruncir mis cejas todas las cosas entrarán en su órden, y el mundo descansará sobre su eterno asiento, que es la divina voluntad de Brahama. ¿Qué me quereis, pues, hermosas ninfas invisibles á los ojos de los demás mortales que no

son vuestro rey, qué me quereis? Decid, hablad; que yo siempre estoy pronto á socorrer la hermosura.

LAS APSARAS.

Nosotras, hijas de las selvas, que hemos recibido de las nieblas de los lagos el cuerpo y de los rayos de la luna el alma, volamos á tu alrededor como las mariposas atraídas por el fuego. Y como las abejas y las hormigas no pueden vivir sin su hermana mayor, nosotras no podemos vivir sin Urvasia, que Yama, sí, el dios Yama nos ha arrebatado, encerrándola en aquella caverna, que no parece sino que la negra oruga ha resuelto tragarse el dorado insecto cuando desplegaba sus celestes alas entre los arreboles del aire y los reflejos de la luz. Sálvala, hijo de la luna, salva á nuestra hermana. Tu voz puede conmover á Yama, tu flecha puede penetrar hasta su corazón, tu mandato puede resonar como la voz del cielo en su negra caverna. Si nosotras nos acercáramos á pedir gracia, nos llevaria á su nido como el buitre á las palomas.

EL REY.

Vuela, cochero, vuela. Déjate atrás el huracan

y el rayo y el pensamiento del hombre. Yo me acercaré á esa caverna, y Yama me devolverá su presa. Si no cede á mí de grado, cederá por fuerza. Ya monto mi arco, ya clavo en él mi flecha. A la menor resistencia, mi mano arrojará dardos como arroja granizo la negra nube. Yo encenderé la caverna, yo, yo, el rey.

LAS APSARAS.

El sol no sabe uncir sus caballos de luz como el rey, ni sabe acelerarlos como el cochero. El relámpago no anda tanto como ese carro de oro que despide chispas. El iris no es tan bello como ese arco de mil colores que el rey lleva en su mano. La tierra se extremece bajo sus ruedas, como si le hendieran de parte á parte. Bendito seas, hijo de la luna, por haber llegado ya á la entrada de la caverna.

EL REY (*dentro de la caverna*).

¿Quién habita estos tremendos lugares? Nada veo. El aire caloroso que hace de esta mansion un horno, sofoca el pecho y quema la piel. Unas gotas de agua hirviendo caen del techo, y al tocar las calcinadas piedras del suelo se disipan en humo. No se vé por aquí más sér viviente que algun

murciélago que cruza extendiendo sus calladas alas por estas tinieblas, como si gozara en vivir en tan dudoso crepúsculo.... Pero allá, en el fondo de la cueva, veo relucir unos ojos encendidos y sanguinolentos que parecen los ojos del tigre cuando en noche de tempestad asoma su faz á la entrada de su madriguera acechando rabioso su presa.

YAMA.

¿Quién viene á interrumpir mi sueño? ¿Quién penetra en mis dominios? No vengáis aquí, porque tengo mi horquilla de hierro candente en la mano, y os la clavaré en las entrañas. Dejadme reposar junto á Urvasia, mi presa, que yace desmayada, y que parece en mis manos lo que la paloma del valle de blancas alas y matizado cuello en manos del traidor raposo. Huid, huid; pues si llamo á mis vasallos, una nube de murciélagos arrancará vuestros ojos, y otra nube de arañas devorará vuestros piés.

EL COCHERO DEL REY (*á la puerta de la caverna*).

Mi señor no responde al insulto. Fiero, orgulloso, irguiendo la frente, mirando con desdén el hondo lugar que exhala siniestros ruidos, ajusta

su dardo, monta su arco, echa el pié derecho adelante, y atrás el pié izquierdo, dirige su cetero golpe al corazón enemigo sin moverse ni titubear un instante, despide la flecha que serpentea en los aires como la centella arrojada de la negra nube, como una culebra de fuego que se desliza entre las sombras, y que al clavarse en el cuerpo de Yama bebe con ansia su sangre, como no acostumbrada á beber sangre de inmortales; y por más que el dios de las tinieblas arroja de su boca entreabierta fuego, de sus torvos ojos saetas, el guerrero le cubre el cuerpo de dardos, le enciende el cabello, le rasga las venas, hasta que su arco se rompe produciendo el mismo estallido que la ola al quebrarse en los escollos; y entonces salta, se arroja sobre el cuerpo inanimado de Urvasia como el águila sobre la paloma, lo arranca á las garras de su siniestro carcelero, y viene con tan grato peso triunfante á su carro, sin curarse de la sangre que manan sus heridas, ni del sudor que cubre su hermosa frente coronada con los resplandores de la victoria.

LAS APSARAS (*en el bosque*).

Allí viene montado en su carro de oro, como el sol en su carro de luz. Trae en sus brazos á

Urvasia sin sentido, descolorida como la luna cuando náda en los resplandores del día. Alabémosle, alabémosle. Tejamos con la adelfa, con el laurel, con la palma, una corona para que la cuelgue de su carro y la trasmita seca á sus hijos como un recuerdo de esta gran hazaña. El viento no es tan ligero como sus caballos, ni el cielo tan hermoso como su arco, ni el rayo del sol tan penetrante como su dardo. La luz no pudo entrar en la caverna, y la flecha del rey ha penetrado y ha herido á Yama, obligándole á soltar su presa. Nosotras temblábamos como tiembla el ave cuando vé desde su nido las fauces de la serpiente que amenazan á sus hijuelos. Nosotras huíamos como huye el gilguero cuando ve en la callada noche los torvos ojos del buho. Pero ahora cantamos en loor del rey, volando regocijadas por los cielos, como la alondra al nacer la mañana eleva al sol en su ráudo vuelo y en su triunfante cántico toda la alegría de la naturaleza.

EL REY.

Venid, Apsaras, ninfas de los bosques, venid á contemplar á vuestra hermana. Sus sienes agitadas levantan la guirnalda de flores celestes que las ciñe; su seno palpitante agita la blanca túnica

ca; su corazón quiere saltar del pecho, como salta el ave herida de su tranquilo nido; sus largos y negros párpados ocultan una lágrima de dolor, como oculta el lotho, cuando cierra su cáliz algunas gotas del rocío de la noche; su cuerpo está yerto, y la luz del espíritu vacila en su sér, como el fuego del sacrificio cuando el viento sopla sobre sus últimas llamas. Miradla; el desórden de su cabellera, el pálido color de sus mejillas, el tinte de rosa seca de sus labios, el anhelo de su pecho, el suspiro que se escapa de su garganta, la furtiva lágrima que cae de sus ojos, el frío que se extiende por todo su cuerpo como sobre el cuerpo de un dios abandonado de sus sacerdotes, aumentan su hermosura y el brillo de sus facciones, que parecen fieles copias de las facciones de los inmortales.

LAS APSARAS (*rodeando á Urvasia*).

Vuelve, vuelve en tí. Abre tus ojos, como el lotho abre su cáliz al morir la noche. Respira, como respira la brisa del mar despues de la tempestad. Colora tus mejillas, cual el cielo se colora con la rosada aurora despues que han pasado en tropel las sombras. Aquí estamos aguardando tu despertar, de la misma suerte que las aveci-

llas guarecidas bajo la débil hoja aguardan el despertar del sol para saludarlo con sus arpegios y con sus gorgeos. Urvasia, vuelve, vuelve en tí, que te llaman tus hermanas.

URVASIA.

¡Ay!

LAS APSARAS.

Ya respira, ya respira.

EL REY.

Vuelve en tí. Tus hermanas te miran con amor, como el navegante mira la bendita luna despues de salir de un eclipse.

URVASIA.

¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

LAS APSARAS.

Entre nosotras, entre tus hermanas, las ninfas de los bosques.

URVÁSIA.

¿Me ha salvado Indra, Indra, el rey del cielo?